

## **Semiótica contemporánea: cruce de saberes y análisis de un caso**

### **Contemporary semiotics: crossroad of knowledge and case study**

### **A Semiótica contemporânea: encruzilhada de saberes e estudo de um caso**

**Horacio Javier Silva**

**Universidad Nacional de Tucumán (Argentina)**

[hojasi@hotmail.com](mailto:hojasi@hotmail.com)

*Fecha de recepción: 30 de julio de 2017*

*Fecha de recepción evaluador: 05 de agosto de 2017*

*Fecha de recepción corrección: 29 de agosto de 2017*

## **Resumen**

Este artículo parte de realizar un somero y arbitrario recorrido por algunos autores que se han interesado por la lengua y los procesos de significación, con el afán de ubicar un estado de cuestión de la Semiótica en la contemporaneidad: sus objetos, sus métodos y su estatuto disciplinar. Transitando por conceptos de Peirce, Barthes, Eco, Verón, Fabbri, Blanco y Landowski; se intenta hacer dialogar las diferentes teorías e interrogar el estatuto del sentido en las mismas. En ese transitar se articulan también a algunos puntos de encuentros y des-encuentros con pensadores del campo de la Filosofía y del Psicoanálisis. Desde tales coordenadas se propone pensar la Semiótica contemporánea como cruce de saberes. Los interrogantes desplegados se orientan a un fin pragmático: ¿qué utilidades poseen los hallazgos producidos en el campo de la semiótica?, ¿se insiste, aún, en intentar organizar la realidad a través de una macro-teoría de los códigos, donde el signo siga vigente en su versión saussuriana?, ¿o bien hay un interés por los procesos y sistemas de producción de sentidos, e incluso por la materialidad de la palabra? A la luz

de estos interrogantes se analizan los conceptos de discurso, sentido y significación; rescatando el valor de la emergencia. Bajo el neologismo de emergente discursivo, se describe el análisis de un caso: la ciudad. La ciudad como escenario del lazo social, la ciudad como paisaje urbano productor y producto de configuraciones discursivas. Tomando aportes de J. L. Nancy y R. Espósito, se puntúan una serie de emergentes discursivos en la ciudad de Tucumán, Argentina; vinculados a la cuestión de la seguridad en tanto defensa contra el otro.

**Palabras Claves:** Semiótica; Sentido; Significación; Emergente; Discurso; Ciudad.

## Abstract

This article starts off by doing a light and arbitrary course by some authors who have been interested in language and the processes of meaning, with the aim of locating the current state of contemporary Semiotics: objects, methods and disciplinary statute. Walking through concepts of Peirce, Barthes, Eco, Verón, Fabbri, Blanco and Landowski, we try to make the different theories dialog and question the status of meaning in them. In this transit also articulate to some points of meetings and dis-meetings with thinkers in the field of Philosophy and Psychoanalysis. From such coordinates, it is proposed to think of contemporary Semiotics as a crossroads of knowledge. The questions are oriented towards a pragmatic goal: what are the uses of the findings produced in the field of semiotics? Is it still insisted on trying to organize reality through a macro-theory of codes, where the sign is still valid in its Saussurean version? Or is there an interest in the processes and systems of production of meanings, and even the materiality of the word? In the light of these questions the concepts of discourse, meaning and significance are analyzed, giving value to the emergence of the sense. Under the neologism of the emergent discourse, the analysis of a case is described: the city. The city as the scene of the social bond, the city as a cityscape both producer and product of discursive configurations. Taking contributions from J. L. Nancy and R. Espósito, a series of emerging discourses are scored in the city of Tucumán, Argentina, linked to the matter of security as a defense against the other

**Keywords:** Semiotics; Meaning; Significance; Emergence; Discourse; City.

## Resumo

Este artigo baseia-se em uma abordagem rasa e arbitrária de alguns autores interessados pela língua e os processos de significação, com o objetivo de localizar um estado de questão da Semiótica na contemporaneidade: seus objetos, seus métodos, seu estatuto disciplinar. Transitando por conceitos de Peirce, Barthés, Eco, Veron, Fabbri, Blanco e Landowski; Tenta-se fazer diálogo as diferentes teorias e questionar o estatuto do

sentido nelas. Neste trânsito, também articula-se a alguns pontos de encontro e desencontro com pensadores do campo da Filosofia e Psicanálise. A partir de tais coordenadas, propõe-se pensar na semiótica contemporânea como encruzilhada de saberes. As questões desenvolvidas são orientadas para um objetivo pragmático: quais são as utilidades dos resultados produzidos no campo da semiótica?, insiste-se, ainda, em tentar organizar a realidade através de uma macro-teoria dos códigos, onde o sinal ainda é em vigor em sua versão saussureana? Ou bem, há um interesse nos processos e sistemas de produção de sentidos, e até mesmo pela materialidade da palavra? À luz dessas questões, os conceitos de discurso, sentido e significação são analisados; Dando um valor ao surgimento do sentido com emergente. Sob o neologismo do emergente discursivo, a análise de um caso é descrita: a cidade. A cidade como cenário do laço social, a cidade como paisagem urbana produtora e produto de configurações discursivas. Tomando contribuições de J. L. Nancy e R. Espósito, uma série de discursivos emergentes na cidade de Tucumán, Argentina, são analisados; Ligados à questão da segurança como defesa contra o outro.

**Palavras-chave:** Semiótica; Sentido; Significação; Emergente; Discurso; Cidade.

## Introducción

Este trabajo se enmarca en un proceso de investigación que involucra espacios de pertenencia académica y otros del ámbito psicoanalítico. Por tanto, se trata de exponer una serie de interrogantes e hipótesis que poseen ya un cierto transcurrir, y que no son sin el encuentro con la palabra de otros. Cuando se escribe para una convocatoria científica, se realiza un acto de reconocimiento y desconocimiento a la vez: se citan aquellos autores que uno ha podido leer y cuyas voces permiten transitar el desarrollo y los bucles de una idea, en tanto se deja de lado aquellos diálogos que se han producido en la informalidad de encuentros con quienes han aportado y aún sostenido el deseo de interrogar y profundizar un objeto de estudio, pero de quienes no se posee una publicación citable. Valga para ambos un agradecimiento. Pero por sobre todo, valga la presente aclaración para partir de la circunstancia, cuestión que nos introduce de lleno en tema, de que la palabra posee tanto valor de alocución propia como de dialogismo, aquello que Bajtín llamó *otredad*. Es probable entonces que el lector identifique una constante intertextualidad, en la que solo sea de mi autoría, el eco de tal repetición.

Como el título advierte, el interés se orienta a definir un estado de cuestión de lo que podríamos denominar la Semiótica en la contemporaneidad. Partiendo de una decisión epistemológica: implica un cruce de saberes. Por tanto, se desplegarán hipótesis y modos de lecturas sobre puntos de encuentros (y des-encuentros) entre tres campos

conceptuales, que, digámoslo así, se han interesado por la cuestión del lenguaje: Semiótica, Filosofía y Psicoanálisis. Esto atañe al lenguaje no solo en su dimensión semántica, en su valor comunicacional, sino también en su dimensión constitutiva de lo humano. De la Lingüística de Saussure, pasando por la Semiología de Barthes, la terceridad en Peirce, y hasta las teorías psicologistas y empresariales de la comunicación, se han intentado identificar los modos en los que se produce y se interpreta el sentido. Algunos de estos esfuerzos merecen la pena de ser retomados, con la advertencia de no caer en un nuevo misticismo metodológico totalizante. Es decir, so pena de no intentar arribar a una metodología del análisis de los discursos que, en acuerdo a una serie de pasos y reglas, nos permitiría dar cuenta de todo objeto que nos llame analizar. Vamos a partir de este punto: no existe una teoría, ni aún una metodología, que responda a tal ilusión totalizante.

En todo caso, podemos afirmar que existen herramientas conceptuales y metodológicas que permiten operar sobre la construcción de nuevos y viejos objetos de análisis, herramientas que dependen más de la sagacidad del investigador que de sus manuales de uso.

Tal cruce de saberes no supone una alusión elegante al valor de la interdisciplina, sino más bien razones de constitución de esos campos de saberes donde pareciera ser unos de otros, sus condiciones de emergencia. Y bien puede discutirse quién fue el hacedor primero de tal concepto, pero a sabiendas de que no hay surgimiento sin contexto, es decir sin desdeñar su valor dialógico como condición de emergencia en el discurso.

Desde tales coordenadas se transitará por algunos autores y conceptos que han ido construyendo la Semiótica como discurso, con el objeto de enmarcar las posibilidades teórico-metodológicas que ofrecen para indagar los procesos de construcción social del sentido. Veremos que insiste la presencia de conceptos multívocos, por lo que la literalidad de un significante no implica, *per se*, su significación. Signo, sentido, significado, significación, sujeto, objeto, referente, representación, interpretación, discurso no significaron lo mismo para diferentes épocas y pensadores. La Filosofía y el Psicoanálisis asistirán a este diálogo, que no pretende ser conclusivo, sino un segundo jalón respecto de un artículo previo (Silva, 2014); y una serie de asuntos claramente inacabados a ser tomados en la promesa de un tercero.

Advierte el título también el trabajo de un caso. La idea es pensar estos constructos en la dimensión de aquellos problemas que nos inquietan: se trata de la ciudad. La ciudad como escenario. La ciudad como escenario del acontecer humano, el lazo social en su construcción y su disolución. El esfuerzo en este punto será el de transmitir algunos pensamientos de un tema que se halla en investigación, y que convoca también a ese cruce

de saberes, para ubicar en ese escenario la presencia de lo que llamaré *emergentes discursivos*.

## La(s) Semiótica(s)

El surgimiento de esta disciplina tiene que ver con la obra de dos grandes pensadores: Ferdinand de Saussure en Europa y Charles Sanders Peirce en Estados Unidos, quienes se interesan por analizar los procesos interpretativos, razón por la cual se les supo adjudicar ocuparse del signo. Pero de suponer al signo como objeto de estudio y de definir al lenguaje como concatenación de signos, a reflexionar sobre los procesos de producción de sentido (Eco, 1995; Fabbri, 2004; Verón, 1998; y otros) y aún sobre la presencia material del cuerpo en el decir (Blanco, 2006; Coviello, 2015; Franco, 2012; Harari, 2008; Landowski, 2012; y otros), ha pasado mucha agua bajo el puente.

Como suele ocurrir en el campo de las Humanidades, las generalizaciones suelen excluir la riqueza de las singularidades, y, en todo caso, la Semiótica se definiría más por su carácter multiparadigmático que por una consolidación mono-discursiva. Lingüística, Semiología, Semántica, Pragmática, Hermenéutica, Semiótica, y más; no dejan de ser un llamado a historizar críticamente a esta joven ciencia (si acaso se la define como tal) que transita por los bordes de múltiples saberes. Como interroga Ginzburg (1989) a propósito de las Ciencias Humanas, “¿deben conseguir resultados importantes a partir de una posición científicamente débil, o deben situarse en una posición científicamente fuerte pero obtener resultados de escaso relieve?” (p. 153). Se ampliará este concepto más adelante a propósito del método abductivo y el consecuente paradigma indiciario.

Para Barthes (1990) “descifrar los signos del mundo quiere decir siempre luchar contra cierta inocencia de los objetos” (p. 224). Esto configura un horizonte que parte de la consabida oposición entre lo denotado y lo connotado, y que más allá de nuevos desarrollos, conserva el anhelo ideológico de escudriñar, de desnaturalizar los mitos en aquellos discursos que nos atraviesan. En ese punto no deja de hacer lazo con la expresión de Fabbri (2013) para quien los semiólogos, “somos, un poco, como cazadores furtivos: buscamos nuestras presas en un campo que nos está vedado” (párr. 6). Sobre lo cual debemos ser críticos, estar advertidos de que la Semiótica puede caer en una suerte de filosofía del todo, ya que hay un interés en diversos campos, porque el interés está puesto, justamente, en los mecanismos de significación. “Nuestros intereses son diversos: pueden ir desde el discurso científico al erotismo en los medios” (párr. 6), el asunto es que ese eclecticismo (yo diría, esa amplitud) respecto de los objetos, deberá ser acompañada de cierta rigurosidad en el método. A los psicoanalistas también se les suele objetar algo similar: ¿acaso opinan sobre todo? Es el riesgo de volverse un “tuttólogo” (Fabbri, 2013, párr. 6); cuestión que resulta por entero pertinente a este escrito en tanto se intenta poner

en cuestión por qué caminos, qué alcances, y qué límites posee la investigación en el terreno de los análisis de productos y procesos de significación.

Se trata del estatuto científico de la Semiótica, su objeto, sus métodos; pero se trata también de la utilidad de sus hallazgos. Es un punto en discusión. Sobre la primera cuestión hay autores (Sosa, 2006; Magariños de Morentin, 2008; Parret, 1993; Blanco, 2006; entre otros) que transitan una epistemología de la Semiótica, arribando a puntos no coincidentes y menos aún conclusivos. En todo caso podemos decir, siguiendo la sistematización de teorías y autores que realiza Coviello (2011), que la Semiótica puede considerarse una disciplina, una ciencia y/o una herramienta para abordar análisis de fenómenos sociales desde la perspectiva de los procesos y sistemas de producción de sentido. Y que desde tal marco, pero también desde tal abanico, el investigador podrá posicionarse y argumentar sus *modos de ver* (Berger, 2000). Y en tanto esos procesos de producción de sentidos constituyen una red, un lazo al otro, y por ende sus significaciones no son estáticas, entonces podemos acordar que supone una *semiosis*.

No se trata de escudriñar “sentidos ocultos” como mero ejercicio del regodeo narcisista o la taxonomización de un mundo in-aprehensible, se trata, si acaso, de una posición ética donde las teorías y sus métodos tendrían que permitirnos volver a interrogarnos sobre lo humano. Para E. Landowski (2012)

La semiótica se convirtió así, tal vez, en una “ciencia” –sin ninguna duda, en un método– pero desconectada de aquello que, para una disciplina consagrada a la búsqueda del sentido, es, dígame lo que se quiera, la única cuestión que vale la pena: comprender mejor cómo, en qué condiciones, por qué procedimientos nuestra presencia en el mundo llega a tener sentido. Lo que nosotros nos proponemos es una vuelta a la interrogación primera. (p. 129)

¿Se advierte su deslizamiento filosófico? El autor cuestiona para qué hacer Semiótica, para qué interrogar el sentido, “¿si eso no fuera a ayudar a plantear para uno mismo la cuestión del sentido de la vida, de la propia vida?” (p. 130). Más de un siglo de Psicoanálisis nos permite indicar, a cuenta propia, que esa “propia vida” no es sino con otros. Y, en todo caso, el *ser-en-el-mundo* es un asunto que implica el *vivir-con-otros*. Lo abordaremos desde el caso de la ciudad.

La advertencia de Landowski resulta pertinente. Ya el filósofo francés J. L. Nancy (2007) comentaba en una entrevista televisiva que

Estamos al final de una época en la que la palabra humanismo ha sido una gran palabra, porque todo lo que conocemos sobre qué es el hombre ya murió, porque cuando algo es bien conocido finaliza. Debemos volver a descubrir que somos ignorantes respecto a qué es el hombre. (p. 9)

Volvamos a la Semiótica. Es de resaltar que en el proceso de formalización de una teoría de la semiosis, el movimiento inicial debe ubicarse en Peirce y su visión triádica del signo. Para este autor la semiosis es un proceso triádico de inferencia, y por tanto, es un proceso asentado en la lógica. El signo es triádico en tanto está compuesto por un *representamen* (representa a un objeto), un *objeto* (que es otro signo) y un *interpretante* (que tiene el valor de otro signo más). Tal aseveración permite comprender que la semiosis puede ser ilimitada ya que cada elemento de esta relación es a la vez un signo, con su correspondiente estructura triádica. Dice Peirce (1897, citado por Castañares, 2006):

Un signo o *representamen*, es algo que está en lugar de algo para alguien en algún aspecto o carácter. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente, o, tal vez, un signo aún más desarrollado. Este signo creado es lo que yo llamo *interpretante* del primer signo. El signo está en lugar de algo, su *objeto*. Está en lugar de ese objeto, no en todos los aspectos, sino sólo con referencia a una suerte de idea que a veces he llamado el *fundamento* del representamen. (p. 133)

Puesto que para Peirce la semiosis es fundamentalmente acción, “lo que el signo significa está en relación con las condiciones de su producción y su interpretación, en definitiva, con el uso comunicativo que de él se hace” (Castañares, 2006, p. 134). El significado no es algo estático guardado en algún manual de códigos, y lejos de todo platonismo la semiosis es fundamentalmente acción. Y no solo la acción de un acto aislado, sino la de todos los signos: los que ya han producido efectos y los que seguirán produciéndolos. Por lo cual la semiosis real actual sería cierta encarnación de una transmisión social de sentido que se realiza en actos de comunicación.

Otro punto a resaltar en los aportes de la Semiótica de Peirce a la Semiótica contemporánea es el denominado método abductivo. Si para la lógica en particular, y para la comunidad científica en general, las inferencias respondían a un método deductivo (de lo general a lo singular) o bien inductivo (de lo singular a lo general), debemos a Peirce la inferencia denominada abductiva. Se trata de darle un lugar a aquellos juicios de valor perceptivo, pistas, intuiciones, argumentos débiles sin los cuáles no habría lugar a la introducción de ideas nuevas. Para Peirce la abducción es un tipo de inferencia que parte de hipótesis enmarcadas en determinada regla, pasa por cierto resultado y su objetivo es arribar al caso (citado por Sarem, 2015, p. 12-13). Entonces hay un revalorizar el caso, en tanto en el caso también se incluye algo de la regla. La cuestión aquí es que en la abducción las premisas adquirirán valor de verdad recién cuando su conclusión sea verificada. Hay una articulación a la pragmática. Pero además, hay una reiterada alusión a la dimensión semiósica puesto que “la abducción se basa en la generación de hipótesis que, a su vez, encuentran su origen en la experiencia, siempre colectiva, del sujeto; experiencia que se anuda en el espesor de lo real y que circula como saber colectivo del *sujeto inmerso en comunidades semióticas*”<sup>1</sup> (Sarem, 2015, p. 13). Sobre este punto

coincide con Mancuso (2006), la abducción es prueba del carácter social del conocimiento:

Las abducciones son posibles porque estamos alienados, sumidos en un determinado *background* de datos y en su correlativo marco veritativo. Una abducción es una explicitación de las presuposiciones (...) de los conceptos teóricos de nuestro pensamiento, producto de las prácticas sociales acumuladas en cada signo ideológico, en especial el lenguaje científico, eminentemente social (p. 103)

Darle su estatuto a la lógica abductiva implica resaltar el valor que los signos, los indicios, producen a la lectura del caso. Al modo de la Semiología médica, donde la clínica construye una regla a partir del caso, pero donde esa regla luego se tendrá que jugar en el caso por caso. Amén de los deslizamientos positivistas de la Medicina y el mercado farmacéutico que han intentado una *patologización universalis*, el origen del pensamiento hipocrático tiene que ver con este proceso atento de lectura, con una suerte de inferencias fundadas en saberes previos, con una tarea detectivesca que bien ejemplifica el personaje televisivo de “Dr. House”. Ginzburg (1989), pensador interesado en volver sobre la micro-historia, rescata las andanzas de un tal Morelli (segunda mitad del siglo XIX), quien había escrito un tratado de diferenciación de la pintura original y sus falsificaciones, a partir de un describir minucioso de la manera particular en que cada pintor resolvía los detalles (orejas, manos, uñas, etc.). Ginzburg esboza una analogía entre los métodos de Morelli, Sherlock Holmes y Freud, puesto que “en los tres casos, unos detalles minúsculos proporcionan la clave para acceder a una realidad más profunda (...) para Freud estos detalles son síntomas, para Holmes, pistas, y para Morelli, rasgos pictóricos” (p. 124), adjudicando a los tres provenir de una epistemología médica, amparada en un paradigma indiciario.

Hasta aquí habría varios puntos marcados: el interés por ahondar en modos y procesos de producción de sentidos, el carácter social de los mismos, el habitar de lo humano en tal red semiótica, y el valor del indicio en los procesos de análisis.

Se impone ahora una arista problemática: la representación. Desde que se definió al signo como algo en lugar de algo, se volvió a interpelar un asunto que conlleva siglos de debates filosóficos: ¿existe acaso un mundo “real” y un mundo “simbólico” que nombra a ese “real”? ¿Posee lo que nombramos un referente en tanto sustrato del ser nombrado? Desde luego el interrogante supone cierta aporía, y en todo caso, aun así del platonismo en adelante no se ha abandonado tal empresa. Ubicar, además, un referente para un sustantivo abstracto como “elocuencia” o “bondad” o para sustantivos concretos como “jarro” o “teléfono”, ya supone complejidades diversas. Pero también, la pista de una trampa. Sobre tal punto Eco (1995) advierte no caer en una falacia referencial, lo que “consiste en suponer que el significado de un significante tiene que ver con el objeto correspondiente” (p. 104). El autor realiza una lectura de la diferenciación en Frege



respecto a *bedeutung* (referencia) y *sinn* (sentido). Recordemos que para Frege *sinn* y *bedeutung* son dos aspectos del significado, donde *sinn* sería el sentido de una frase y *bedeutung* sería su valor de verdad. Bien, para Eco, en cuanto uno comprende que esa referencia no es un objeto real, sino un contenido, es dable a reconocer que ahí se juega una teoría de los interpretantes (1995, p. 101-107).

Por tanto, si bien el referente puede ser objeto nombrado o designado por una expresión, cuando se usa el lenguaje para mencionar estados del mundo, hay que suponer, por otra parte, que en principio una expresión no designa un objeto, sino que transmite un contenido cultural. Decir que un significado corresponde a un objeto real constituye una actitud ingenua que ni siquiera una teoría de los valores de verdad estaría dispuesta a aceptar (p. 102-103).

Y decir que se anuda a una teoría del interpretante no quiere decir que depende de un intérprete, de un sujeto-decodificador, sino que en acuerdo a la semiosis ilimitada de Peirce, la referencia se articula a otros signos. Un signo solo puede explicarse por otro signo, así se captan las *bedeutung* a través de la serie de sus *sinn* y no a la inversa<sup>2</sup>.

Ampliando este recorrido, Eliseo Verón (1998) indica que para Frege la *vorstellung* (representación)

es un cuadro interior, formado por el recuerdo de las impresiones sensibles y de las acciones exteriores o interiores a las cuales me entregué (...) la representación es subjetiva (...) es allí donde una representación se distingue esencialmente del sentido de un signo. Este puede ser la propiedad común de varios individuos. (citado por Verón, 1998, p. 101)

El *sinn* es algo que no pertenece al orden de la conciencia subjetiva, sino que es de orden trans-subjetivo, ¿social? Es el punto del que parte Verón en favor de una teoría de la discursividad. Veamos de qué se trata.

Volviendo sobre Frege y Peirce, Verón interroga la dimensión social del sentido. La teoría de la discursividad concibe los fenómenos de sentido apareciendo, por un lado, bajo la forma de conglomerados de materias significantes, y como remitiendo, por el otro, al funcionamiento de la red semiótica conceptualizada como sistema productivo. Desde el punto de vista del análisis del sentido sólo se puede trabajar con el “sentido producido”, “se trabaja así sobre *estados*, que solo son pequeños pedazos de tejido de la semiosis, que la fragmentación efectuada transforma en productos” (1998, p. 124). La semiosis social es para Verón la dimensión significativa de los fenómenos sociales, el estudio de los fenómenos sociales en tanto procesos de producción de sentido. “Lo que llamamos un discurso o un conjunto discursivo no es otra cosa que una configuración espacio-temporal del sentido” (p. 127). Por lo que el análisis de los discursos es un análisis de las condiciones de producción de esos discursos. Pero advierte el autor que no investigamos cómo un discurso *refleja* una realidad, sino que “son sistemas de relaciones: sistemas de

relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de generación por una parte, y con sus efectos por otra” (p. 128).

## La cuestión del sentido: presencia y emergencia

Que la Semiótica se haya interesado y se interese por el sentido no implica que éste concepto se haya referido siempre a lo mismo. En un artículo precedente (Silva, 2014) indicaba que para algunos pensadores el sentido tenía que ver con un contexto, con el efecto de producción discursiva jugada en un acto; mientras que para otros sería más apropiado, en tal caso, hablar de significación. Si bien aparecía cierto consenso respecto al término “significado”, alusivo más al código, a lo denotado, a cierta rigidez en la referencia, “sentido” y “significación” tendían a confundirse o equipararse. Sentido, significado y significación son tres conceptos que merecen una arqueología más exhaustiva, cuestión que excede la extensión de este artículo. De todos modos, invito al lector a que el estatuto de *work in progress* de este escrito no deslegitime la posibilidad de indicar algunos indicios.

Paolo Fabbri (1998), en alusión a una metáfora de Benveniste, indica que “el sentido es la cabeza de medusa con la que se encuentran todos los que tienen algún interés no solo por el lenguaje, sino (...) por cualquier procedimiento de significación”, sin embargo se ha producido “un giro en el modo de estudiar los problemas de la significación” (p. 18). El autor ubica este giro en la caída del paradigma que supone los signos como elementos de un diccionario y la lengua como una suma de palabras. Esa noción de signo representa un obstáculo epistemológico (p. 33), y siguiendo a Eco afirma que “se precisa (...) una interpretación del texto, que sea tanto más correcta cuanto más acepte el presupuesto de que no se pueden decir algunas cosas” (p. 35). La expresión es exquisita, ya que asienta, así como al pasar, un pilar fundamental: no todo puede ser dicho, no todo tiene un sentido.

El Psicoanálisis, desde Freud y luego con Lacan, ha interpelado la dimensión del sin-sentido. Primero habría que partir del supuesto conceptual de que para esta teoría el sujeto no se auto-constituye, sino que el sujeto es un efecto, “el sujeto no es *causa sui*, no es causa de sí, sino que es causado desde el campo del Otro” (Harari, 2008, p.113). El *Otro* (tesoro de los significantes), es ese mundo parlante que anticipa la llegada del cachorro humano, que lo nombra, lo anhela, lo desea o lo aborrece. En todo caso, le da un lugar en su decir. Razonamiento por el cual podemos indicar que el sentido viene del campo del Otro (Franco, 2012, p. 61). Estamos frente al fallido freudiano: un sujeto siempre dice otra cosa de la que quería decir. El padre quiere despedir a su hijo que viaja por primera vez junto a su novia, le envía un texto por celular: “*que la pares bien*”. Oops! Coloquialmente se diría que en ese equívoco: “¡le salió el inconsciente!” Reconozcámosle el valor de verdad a tal metáfora cristalizada. Efectivamente, lo inconsciente “salió”, pues

tiene estatuto de efecto: emergió en la cadena significante, se jugó un nuevo sentido en aquel sin-sentido. Tan solo por una “r” en sustitución de una “s”.

“Es claro, para nosotros, que se habla sin saber lo que se dice, sin saber el verdadero valor del significante o que se es, incluso, atropellado por el significante” (Franco, 2012, p. 38). En un aforismo casi hermanado con la definición de signo de Peirce, Lacan definía al significante como “lo que representa al sujeto para otro significante” (Lacan, 1962) estableciendo que un significante remite siempre a otro y por tanto la significación surge del hecho de que para cada significante hay otro que lo toma como predicado. Por tanto el efecto, es efecto de cadena, y de qué sujeto se trate, dependerá de su predicación.

En efecto, no resultaría la misma significación si dijéramos: “es un hombre pobre” que si expresáramos: “es un pobre hombre”. Claro está que distintos órdenes predicativos generan significaciones distintas, por lo cual debemos tener presente (...) que la significación está dada por la predicación y surge por el hecho de que un significante afecte a otro (Franco, 2012, p. 20).

Esto indica el desamarre a cualquier idea de equiparar “sujeto” con “persona” y “mensaje” con “emisor”. Ya que el sujeto es excéntrico con respecto al que habla: sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación no se superponen. Como indica Franco (2012, p.77), si uno sigue la obra de Lacan en sus diferentes momentos epistemológicos, podrá ubicar que los campos de la significación, el sentido y el significado no son homologables. Remarcando la idea de que siempre que haya gramática (secuencia diacrónica en el habla), habrá significación. Pero en acuerdo a la definición de significante de Lacan, en el marco de la asociación a otros significantes la significación irá cambiando, dependiendo del momento de corte de la cadena. De una manera introductoria, entonces, digamos que para el corpus lacaniano la significación se produce en cualquier situación en la que se genere gramática (lo cual no acredita que haya coherencia en lo que se dice), mientras que el sentido tiene que ver con lo que se pierde a nivel de la cadena inconsciente (sobre lo que operará el analista para producir emergencia), y el significado al igual que en otros autores responde más a la relación directa con el referente. Pero aceptemos, provisoriamente, nombrar “sentido” y “significación” como homónimos cuando se hable de ellos en su dimensión de *emergencia*.

Resulta interesante volver sobre algunos cruces de los desarrollos contemporáneos de la Semiótica en diálogo con lo desplegado por el discurso del Psicoanálisis. Ubicando al menos estos cuatro puntos: 1) que el sentido viene del campo del *Otro*, tiene entonces valor amboceptor entre *lo subjetivo* y *la otredad*; 2) que se trata de un efecto, de una emergencia en la cadena discursiva; 3) que no hablamos solo de la palabra, sino de los múltiples soportes que en el acontecer relacional humano poseen

significación: hablamos del cuerpo; y 4) que no todo puede ser dicho, que lo irrepresentable es condición lógica para la existencia de lo representable.

Como indica Fabbri (1998), deberemos dejar de lado la idea constructivista, la idea de trocear la complejidad del lenguaje para luego rearmar el sentido del texto. Y el lenguaje “lejos de ser algo lineal (contra lo que tantos se han estrellado, por su supuesta racionalidad), el lenguaje tiene su espesor, que se considera en el momento del análisis” (p. 42). Razón por la cual el autor habla de una teoría de la narratividad y las pasiones. La narratividad implica la función configurante del relato, por lo que un significado se jugará en cada ocasión, y convierte a la Semiótica en una teoría de la acción: el lenguaje no sirve para representar estados del mundo sino para transformar dichos estados, modificando al mismo tiempo a quien lo produce y lo comprende (p. 48). En tanto hablar de pasiones introduce lo que el autor llama “afectividad”. Pie para pensar en la dimensión del signo no lingüístico, en el papel fundamental del cuerpo en el proceso semiótico.

Articulado a esto, la denominada *Semiótica tensiva*, vuelve sobre la idea fenomenológica donde “cuerpo y lenguaje, en función de percibir y enunciar, se convierten en operadores de presencia, cualidad sensible por excelencia” (Quezada Machiavello, p. 83). La interpretación debe comprenderse como “enactuar o hacer emerger el sentido a partir de un trasfondo de comprensión. El conocimiento depende, pues, del hecho de estar en un mundo inseparable de nuestro cuerpo, de nuestro lenguaje y de nuestra historia social; en suma, de nuestra corporización” (p. 83). Se toma del campo del cognitivismo el verbo inglés *to enact*, para nombrar (de nuevo, en referencia a la fenomenología) cómo cuerpo y mundo emergen juntos.

Se trata de lo que Blanco (2006) define como “discurso en acto”, cuyo análisis “tiene que indagar primero la presencia de *estesis* en el campo discursivo; las estesis son esos momentos en los que surge la fusión entre el sujeto y el mundo sensible” (p. 63). Por lo que el sentido no se halla *a priori*, ni es aún el origen del discurso, sino la materia estructurada en el acto de enunciación.

## El caso de la ciudad

El recorrido trazado me permite introducir el neologismo “emergente discursivo”, en el afán de buscar un operador teórico-metodológico. Si bien las teorías transitadas previamente son un recorte de las mismas, y aún más, han sido arbitrariamente editadas en el decir de este texto, me permito indicar que lejos de buscar una homogeneidad en las mismas, insiste la idea de concebir, en la contemporaneidad, al sentido y la significación como emergentes. Tomando un vocablo de Parret (1993, p. 45), como *presentificación* en el circuito semiótico.

A la dicotomía acerca de las palabras y las cosas le ofrecemos otro escenario, otra topología, que permita pensar al objeto como invención en el acto del decir. En todo caso, sería en el mismo análisis, en la situación misma de interpretación semiótica, que el objeto se inventa en cuanto tal.

*Emergentes discursivos* serían aquellos trozos del tejido semiótico, recortes de una narrativa, tomados de un texto en función de su valor de emergencia, para configurar allí, en ese recorte, en ese instante espacio-temporal, una significación posible respecto a un problema-objeto. Pero no se trata de cualquier trozo discursivo, sino de aquellos que según el proceder abductivo del investigador, se configuran como *condensadores de sentidos*. Tienen el poder, digámoslo así, de representar en su emergencia, una manera de *estar-en-el-mundo*.

Habría que precisar que estos emergentes discursivos, factibles de ser *cazados* por los semiólogos en sus procesos de investigación, suponen la condensación de sentidos *to enact*, en su valor de emergencia. Razón por la cual la significación a la que el investigador arribe sería predicación de otras a advenir. El investigador aísla algunos elementos de esa red en función de un problema que le concierne (subjetiva y socialmente), siguiendo sus pistas, haciendo lecturas desde cruces de saberes, pero arribando siempre a conclusiones provisionarias.

Intentemos pensar ahora esta categoría tomando el caso de la ciudad, cuestión de inmenso valor para quienes habitamos una contemporaneidad que se *a-vecina* plena de conflictos.

Se trata de la ciudad como escenario de lazos de construcción y disolución a los otros. Lo que en un artículo previo (Silva, 2017) intentaba situar como un *estar-con*, esa dimensión propia de lo humano donde el antagonismo eros/tánatos pareciera operar tanto a nivel micro como macro-social. En aquel escrito aludía a la necesidad de vincular el concepto de ciudad a otros que les son familiares: comunidad y ciudadano. ¿Es acaso el vivir en ciudad un vivir en comunidad? ¿El ciudadano hace a la ciudad o la ciudad al ciudadano? ¿Poseen todos los habitantes de un mismo terruño igual estatuto ciudadano? Las ciudades se construyen sobre una serie de discursos que condensan modos de concebir y estar junto a los otros, modos que operan en los intercambios ciudadanos que pueden ir desde la circulación vehicular a los estilos arquitectónicos. Las ciudades producen y son producidas por el decir de esos cuerpos y sus interacciones. ¿Quién es el otro?



Las imágenes reproducidas corresponden a cinco fotografías tomadas en la ciudad capital y el peri-urbano de la provincia de Tucumán, Argentina. Las cinco imágenes fueron tomadas en el mismo día, durante el mes de julio de 2017, es decir, coexisten. Un cartel colocado en un poste de cableado que indica “Zona vigilada. Programa de seguridad Alerta Tucumán”, corresponde a un programa de seguridad barrial vigente en muchas zonas o sectores de cuadras, organización vecinal contra el delito. Tapias cubiertas de alambres y trozos de vidrios que no delimitan una prisión, sino casas habitadas por un vecino cualquiera. Una placa que indica alarma y monitoreo en el portón de entrada de una vivienda, reza: “Monitorea: Look”, acompaña el ojo de un águila. Un cartel proselitista de un candidato a diputado nacional, bajo el *slogan* “Un tucumano que nos defiende en Buenos Aires”.<sup>3</sup>

### La seguridad. La defensa.

¿Poseen estos pedazos del tejido semiótico urbano estatuto de emergentes discursivos? Siendo así, ¿qué significaciones, qué sentidos condensan del acontecer humano en esta ciudad? La hipótesis en curso es que estos recortes ponen en acto, hablan, de una profunda dificultad del lazo al otro. Cómo construir defensas contra lo otro. Configuran discursos de segregación, discursos que levantan muros, adjudican sentidos, y habitan los cuerpos. Darles el valor de emergentes a estos recortes urbanos supone comprender que sus sentidos son efectos de una cadena donde se juegan otros elementos, y donde lejos de responder a “una necesidad práctica” o un “caso aislado”, la seguridad aparece predicando cierta condición de existencia.

Para J. L. Nancy (2013) la ciudad *se aleja*, cubre el territorio entero, ya no hay demarcación de lo rural, en tanto en la escena global la ciudad carece de límites. La comunidad era aquel plano de lo familiar, del espacio micro, “la comunidad es el fantasma ya ‘perdido’ para siempre de la sociedad, que por definición es urbana o citadina” (p. 12). Este escenario nace proyectando una necesidad e inmediatamente comienza a padecerse a sí misma, “a la ciudad le cuesta saber cuál es su función, ya que acumula demasiadas o bien no posee realmente ninguna: es ante todo coexistencia, copresencia, comercio. En verdad, la ciudad no deja de deslocalizarse”. (p. 11-12) Ya cuando en los ochentas el filósofo francés escribía sobre la comunidad des-obra, se interrogaba por el futuro del

hombre en un contexto global donde primaba la destrucción (la des-obra) por sobre el hacer-en-común. Y es que el co-habitar no implica *per se* un lazo de encuentro con el otro, y en principio vivir en ciudad representa una forma de asociación donde prima la sociedad, no la comunidad. Siendo lo que define a la sociedad, la propiedad privada. Entonces la ciudad hace síntomas en sus espacios de circulación en común, en ese “afuera” que delimita el muro. Pero ¿acaso hay un afuera?, ¿o la circulación moebiana en la relación de los sujetos a los otros los arroja siempre a la dimensión del contagio?

“Común”, etimológicamente, se deriva de *communis*, adjetivo cuyas derivaciones conducen a: comuna, comunal, comunero, comunidad, comunión (Corominas, 1984). Sin embargo Espósito (2009) parte de la etimología *communitas* ubicando un origen diferente a la reconversión moderna que ha sufrido el término. Proviene de “munus”, convergente de ley y don, diferente a la ligazón moderna entre “communitas” y “proprio” (diferenciar lo común y lo propio).

Si nos atenemos a su significado originario, la comunidad no es aquello que protege al sujeto clausurándolo en los confines de una pertenencia colectiva, sino más bien aquello que lo proyecta hacia fuera de sí mismo, de forma que lo expone al contacto, e incluso, al contagio con el otro. (p. 16)

Si la *communitas* es aquello que liga a sus miembros en una voluntad de donación hacia el otro, la *immunitas* es, por el contrario, aquello que exonera de tal obligación o alivia de semejante carga. La *immunitas* remite a algo que se sustrae a la condición común, por ejemplo, apunta Espósito, en el campo jurídico aquel que goza de inmunidad no está sujeto a la jurisdicción que afecta a los demás ciudadanos. Desde un punto de vista médico, la *immunitas* remite a los anticuerpos con que el propio cuerpo puede hacer frente a una infección exterior.

Superponiendo ambos sentidos, el jurídico y el médico, se puede concluir que si la *communitas* determina la ruptura de las barreras protectoras de la identidad individual, la *immunitas* es el intento de reconstruirla en una forma defensiva y ofensiva contra todo elemento externo que venga a amenazarla (Espósito, 2009, p. 17).

¿Qué paisajes urbanos dan a ver las nuevas maneras de habitar los espacios? El fenómeno de los denominados *countries*<sup>4</sup> y barrios privados ha proliferado enormemente en las últimas décadas en la provincia de Tucumán, en particular, y en la Argentina en general. Formas de co-habitar donde se asocian un grupo de viviendas y construyen una separación (celosamente monitoreada) con el afuera. Hay una ilusión de sustracción a la in-seguridad. Pero tal defensa no ha dejado de establecer un juego al estilo del gato y el ratón donde, si esto es “lo protegido”, entonces lo que queda del otro lado del muro, será “lo invasivo”. Hay una adjudicación semiósica al otro, hay un efecto de significación que hace cadena opositiva entre “lo protegido” y “lo invasivo”. Uno sostiene al otro.

Para Espósito, cuando la inmunidad es llevada a todos los planos, se pierde la circulación social, “aquel asomarse a la existencia fuera de sí que yo defino con el término *communitas*” (2009, p. 18). Entonces uno se interroga si “el peligro” es la inseguridad, o bien sus discursos segregatorios.

Valga este somero desarrollo sobre la ciudad y sus decires, para introducir una línea de investigación en curso, so promesa (otra más) de ser ampliada en un futuro escrito.

## Conclusiones

El camino trazado deja una serie de entradas a ser retomadas en el proceso de investigación, el diálogo con los lectores y el encuentro con otros esquemas conceptuales aún no transitados. Sin embargo, es posible retomar algunas líneas trabajadas en pos de remarcar una decisión epistemológica en estos estudios semióticos.

Partimos de ubicar, siguiendo a Peirce, que la semiosis es fundamentalmente acción, y que lejos estamos de validar un proceso de investigación que intente construir códigos, diccionarios que inocentemente pretendan dar cuenta de un objeto/ problema. Por el contrario, y a la luz de los desarrollos de más de un siglo de teorizaciones, nos enfrentamos a la complejidad de pensar el tejido semiótico desde los procesos y sistemas de producción de sentidos. La lógica abductiva, tanto en su dimensión metodológica como ética, permite revalorizar la intuición del investigador, valerse de su agudeza para seguir pistas, devolviendo su valor al caso, como lugar privilegiado donde se dice la trama semiótica. Así, puntuábamos que si para Verón la Semiótica se ocupa del estudio de los fenómenos sociales en tanto procesos de producción de sentido, resultará pertinente definir a qué llamaremos sentido y bajo qué coordenadas podríamos dar cuenta de él. Desde tal inquietud se propuso la categoría de *emergentes discursivos*.

Los aportes del campo del Psicoanálisis con respecto a la dimensión inconsciente del sentido, a la alienación del sujeto al Otro y a la importancia de pensar en clave de emergencia, nos permitió hacerlo dialogar con la *Semiótica Tensiva*, donde el *enactuar* se juega en el filo estésico del discurso. Por tanto, cuando hablamos de discurso no estamos hablando solo de palabras, y cuando hablamos de cuerpo no estamos hablando solo de carne. Hay un enlazamiento topológico que entrecruza, de una vez y para siempre, el cuerpo con la palabra. Del mismo modo que las categorías de subjetivo y social se presentan en dialéctica.

Algunos aportes de la Filosofía contemporánea también asistieron a la cita, posibilitando interrogar la condición humana como un estar arrojados a *estar-con*. Se trata del desarrollo de una investigación en curso<sup>5</sup> en la provincia de Tucumán (Argentina), que toma a la ciudad como categoría de análisis para interrogar allí la paradoja del



encuentro y la disolución en la relación del sujeto con los otros. Las nuevas configuraciones espaciales en el co-habitar dan cuenta de la dificultad de una dinámica que pareciera avanzar hacia procesos de segregación. Arribamos entonces a ubicar “la seguridad” y “la defensa” como emergentes discursivos, condensadores de sentidos que hablan de la relación de una urbe a los cuerpos. Presentes tanto en un cartel proselitista como en una decisión arquitectónica.

Este recorrido responde entonces a lo ya anticipado por el título: la semiótica como cruce de saberes, articulándose el análisis de las narrativas a una pregunta por las razones de la existencia humana, por las condiciones del lazo social. Es decir, no se trata de describir un texto, sino de interrogar la complejidad de una trama para servirse de la utilidad de sus hallazgos. Puesto que, ¿de qué servirían tales hallazgos si no fueran puestos al servicio de un vivir mejor?

### Referencias Bibliográficas

- Barthes, R. (1990): *La aventura semiológica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Berger, J. (2000): *Los modos de ver*. Barcelona, España: Gustavo Gili.
- Blanco, D. (2006): Semiótica y ciencias humanas. *Letras, Vol. 77*, 111-112. Recuperado de: <http://www.acuedi.org/ddata/3157.pdf>
- Castañares, W. (2006): La semiótica de Peirce. *Anthropos, 212*, 132-139. Recuperado de: <http://www.unav.es/gep/Casta%FlaresAnthropos.html>
- Corominas, J. y Pascual, J. (1984): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Tomo II. Madrid, España: Gredos.
- Coviello, A. L. (2011): Comunidades semióticas y discursivas: traducciones y redefiniciones desde la interdisciplinariedad. En Cohen de Chervonagura, E. (Ed.), *Discurso e interdisciplina* (pp.87-100). Tucumán, Argentina: Dpto. de Publicaciones Facultad de Filosofía y Letras UNT.
- Coviello, A. (2015): Tendencias teórico-metodológicas en semiótica: sensación, percepción, experiencia, acción y pasión. *Mimeo*.
- Ginzburg, C. (1989): Morelli, Freud y Sherlock Holmes: indicios y método científico. En Eco, U. y Sebeok, Th. (Ed.), *El signo de los tres* (pp. 116-163). Barcelona, España: Lumen.
- Eco, U. (1995): *Tratado de Semiótica general*. Barcelona, España: Lumen.
- Esposito, R. (2009): *Comunidad, Inmunidad y Bipolítica*. Barcelona, España: Herder.

- Fabbri, P. (2004): *El giro semiótico*. Barcelona, España: Gedisa.
- Fabbri, P. (2013): Los semiólogos somos cazadores furtivos. *Alfilo*, 38. Recuperado de: <http://www.ffyh.unc.edu.ar/alfilo/los-semio%C2%ADlogos-somos-como-cazadores-furtivos/>
- Franco, A. (2012): *De la doctrina del significante*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Harari, R. (2008): *El sujeto descentrado*. Buenos Aires, Argentina: Lumen.
- Lacan, J. (1962): Seminario 9: La identificación. Inédito. Clase del 14 de marzo de 1962.
- Landowski, E. (2012): ¿Habría que rehacer la semiótica? *Contratexto*, N 20, 127-155. Recuperado de: <http://www3.ulima.edu.pe/Revistas/contratexto/v20/7.pdf>
- Magariños de Morentín, J.A. (2008). *Semiótica de los bordes. Apuntes de metodología semiótica*. Córdoba, Argentina: Comunic-Arte.
- Mancuso, H. R. (2006). *Metodología de la investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: Paidós-Ecuador.
- Nancy, J.L. (2007): Una belleza nueva. Entrevista de Cristian Warnken, Chile. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=St6f6-Sy0Hk>. Versión impresa traducida al español recuperable de: <https://es.scribd.com/document/39811435/Entrevista-Jean-Luc-Nancy>
- Nancy, J. L. (2013). *La ciudad a lo lejos*. ED Manantial, Buenos Aires.
- Parret, H. (1993): *Semiótica y pragmática*. Buenos Aires, Argentina: Edicial.
- Quezada Machiavello, O. (2006). A propósito de la semiótica y las ciencias humanas. *Letras*, 77, 111-112.
- Sarem, S. (2015). Abducción, mundo posible y narratividad; estesis y cuerpo propio. Convergencias teóricas y metodológicas desde la semiótica. *Ontosemiótica*, 4, 11-23. Recuperado de: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/ontosemiotica/article/view/8005>
- Silva, H. (2014). Significante, sentido, sujeto: diálogos entre psicoanálisis y semiótica. En *Sujeto, Subjetividad y Cultura*, N° 7, 41-49. Recuperado de: <http://psicologia.uarcis.cl/revista>
- Silva, H. (2017). Sentidos y sin-sentidos del estar-con. En *Antropología Siglo XXI: identidad, inclusión, exclusión*, 323-331. Tucumán, Argentina: Humanitas.

Sosa, N. (2006). El estatuto científico de la semiótica. En *Revista de la Facultad*, 12, 99-112. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/185200930/Estatuto-Cientifico-de-Semiotica>

Verón, E. (1998). *La semiosis social*. Barcelona, España: Gedisa.

## Notas

<sup>1</sup> El concepto de “*comunidades semióticas*” corresponde a Coviello, A. y Sarem, S., pudiéndose ahondar sobre el mismo en: Coviello y Sarem (2008): *Búsqueda y recuperación del sujeto en algunos desarrollos semióticos*, Actas del X Congreso Redcom “Conectados, hipersegmentados y desinformados en la era de la globalización”.

<sup>2</sup> Al respecto, Fabbri (2004) indica que para Foucault no hay oposición entre las palabras y las cosas, y que por tanto no hay una historia del referente por fuera del discurso. “La única realidad, decía Foucault, no está en las palabras ni en las cosas, sino en los *objetos*. Los objetos son el resultado de ese encuentro entre las palabras y las cosas que hace que la *materia* del mundo, gracias a la *forma* organizativa conceptual en la que es colocada, sea una *sustancia* que se encuentra con cierta forma” (p. 40).

<sup>3</sup> En Argentina se denominan “countries” a conglomerados inmobiliarios en las afueras de las zonas céntricas, donde se delimita una porción considerable de tierra, se amura, y se construyen viviendas de cierto nivel adquisitivo que coexisten ese “pequeño principado”. Nótese que el vocablo que los nomina da cuenta de un hallarse en “otro país”.

<sup>4</sup> Tuve la oportunidad de dialogar con una investigadora que sostenía un punto de vista diverso sobre este fenómeno de los “barrios privados”. Ubicaba ella en ese cohabitar una añoranza al criarse en el barrio, al compartir los juegos en la vereda, que se daba más en las décadas de los 60 a los 80 en Argentina. Punto de vista nada desdeñable y del cual testimonian muchas familias que comparten esos emplazamientos. Habría que insistir en que la dificultad no estaría dada por los haceres particulares donde los sujetos van optando sus modos de vida, sino por los discursos que sostienen tal amurallado, en un contexto global donde tales defensas configuran un producto de consumo y la construcción de una paranoia que se aleja, que en su extensión carece de todo límite.

<sup>5</sup> Proyecto Semiótica e interdisciplina: perspectivas teóricas para el análisis de procesos de sentido emergentes en Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán.